



Programa de Agua Potable Rural
40 Años de historia, salud y desarrollo para Chile

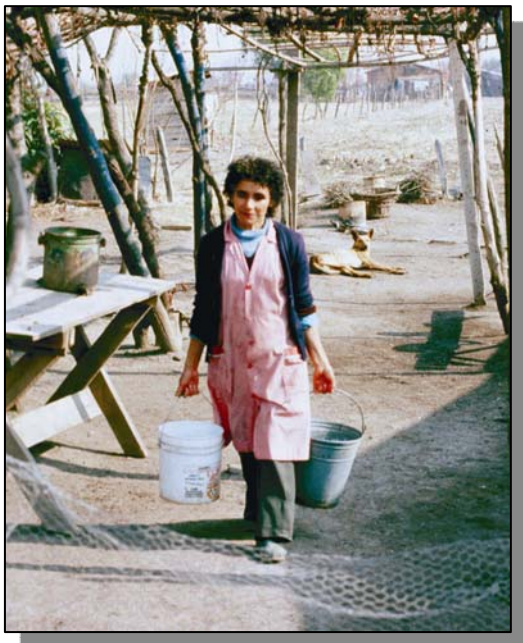
HISTORIAS DE AGUA, MUJER Y FUTURO*

Servicios de Agua Potable Rural Chile

* *Autores: Denisse Charpentier C. Trabajadora Social, Programa de Agua Potable Rural MOPTT
Ricardo Lagos Paredes. Periodista, Programa de Agua Potable Rural MOPTT*

Mujeres han tenido una activa participación en el desarrollo de este Programa rural desde la década del sesenta

La Mujer en la Administración de los Servicios de Agua Potable Rural



La relación entre mujer, medio ambiente y agua puede remontarse con toda seguridad a los orígenes mismos de la humanidad. Más allá de este alcance, se encuentran acciones concretas y responsabilidades sociales que han sido determinantes para el cuidado y la administración de este recurso en el mundo rural de este país.

Históricamente la mujer quien ha sido asociada al manejo y la administración del agua. Una realidad manifiesta principalmente en zonas rurales y de mayor pobreza en nuestro continente. En el ámbito doméstico, es ella quien la recoge, utiliza y administra no solo en los hogares, sino también en la producción agrícola, como indica un reciente informe de la FAO¹, que avala el aporte de la mujer sobre el su uso y administración.

El tema no es menor en momentos en los cuales diversos organismos Internacionales nos advierten sobre los graves problemas que enfrenta la humanidad por la creciente escasez del agua y su elevada demanda, un problema que supone desafíos inmediatos, principalmente en aquellas naciones donde parece inalcanzable desplegar cualquier tipo de solución para el suministro continuo del recurso. Paralelamente, el creciente deterioro ambiental y la contaminación del agua parecen empeorar esta desigualdad. De ahí entonces,

¹ La Mujer y los Recursos del Agua
<http://www.fao.org/focus/S/Women/Water-s.htm>

que resulte de vital importancia implementar adecuados planes para el manejo integral y sustentable de este recurso incorporando enfoques integrales para abordar este conflicto. Las últimas proyecciones de la UNESCO advierten que en cincuenta años más habría al menos dos mil millones de personas sufriendo escasez de agua.

Un problema del cual Chile no parece estar ajeno porque de Santiago al norte del país, según datos de la Dirección General de Aguas, la disponibilidad de agua dulce podría registrar niveles considerados altamente restrictivos para cualquier tipo de actividad económica o productiva.

Muchas conferencias y asambleas internacionales se han ocupado de incluir en sus agendas la inclusión de género como una pieza fundamental a la hora de abordar la discusión medioambiental, particularmente sobre la administración y el cuidado de los recursos hídricos. Las Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y Desarrollo, que tuvo lugar en Brasil el año 1992, la Asamblea del Milenio celebrada en Nueva York, la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Sustentable de Johannesburgo en el 2002 o el Tercer Foro Mundial del Agua, que se celebrara en Kioto el 2003, concuerdan en que la erradicación de la pobreza y el cuidado de este recurso debe fomentarse a partir la equidad de género. Sin embargo, y sin desconocer los avances evidenciados en esta materia, la implementación de una agenda política en tal sentido no parece haber dado aún los resultados esperados.

Ya desde la Conferencia de Dublín en 1992, parece existir un consenso sobre la gestión integrada del recurso hídrico y como un proceso que asegura la sostenibilidad ambiental y cultural. De aquel encuentro emana como parte de sus conclusiones el decisivo rol de la mujer para el futuro abastecimiento, gestión y protección del agua. Sería válido entonces preguntarse hasta qué punto aquel principio, convertido ya en un tópico, debe transformarse en una acción concreta, un programa de acción global y mancomunado.

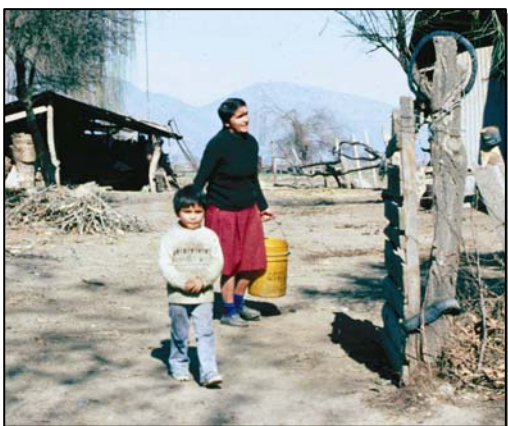
A partir del retorno de la democracia, en 1990, Chile adopta la Carta Magna de los Derechos Humanos de las mujeres, la “Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer”, y luego, la “Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer”, aprobada por la Organización de Estados Americanos, OEA, en 1994, iniciativas que se concretaron a partir del Plan de Igualdad de Oportunidades, diseñados ese mismo año y con el Sistema Nacional de Inversión de Fondos Públicos, Compromisos Ministeriales de Equidad de Género y un Programa que busca el Mejoramiento de la Gestión Pública.

A pesar que, en este país existe una instrucción presidencial para que todo servicio público y empresa del Estado deba integrar el enfoque de género en cada una de sus políticas, programas o proyectos, la puesta en práctica de esta estrategia todavía enfrenta una serie de obstáculos, dificultades que quedan de manifiesto al abordar esta realidad de una forma más particular.

Y aunque estén dadas las bases de una política que incorpora y promueve la integración de la mujer en diversos proyectos y programas relativos al manejo y administración de los recursos hídricos, son frecuentes las diversas formas de discriminación que aún subsisten en este tipo de tareas. Nos encontramos, en este caso, frente a un tipo de discriminación originada fundamentalmente desde ámbitos locales, siendo básicamente de origen cultural. Son, por lo general, las propias organizaciones - asociaciones de regantes o los sistemas de agua potable rural- quienes destinan a la mujer a tareas más bien de apoyo complementario.

Se podrían mencionar medidas como La Década Internacional del Agua Potable o la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, como instancias decisivas para el desarrollo de políticas de género aplicadas al manejo del agua. Sin embargo, prevalece aún cierta distancia sobre el tema y continúa

todavía la exclusión de la mujer en tareas de gestión y administración en estos sistemas.



En muchos países de Latinoamérica las experiencias aún apuntan a la capacitación en labores básicas de operación y mantenimiento, principalmente para operaciones de bombeo individual y colectivo, en Chile, por el contrario y al ser tal vez los sistemas rurales de agua potable un tema abordado desde hace varias décadas por el Estado, la experiencia apunta fundamentalmente a explotar las funciones dirigenciales y de liderazgo, orientadas a las organizaciones comunitarias que administran los servicios de de agua potable rural, cerca de mil quinientos comités y cooperativas que funcionan al alero de un Programa nacido en la década del sesenta y que ha cimentado su continuidad en un modelo de autogestión comunitaria y con una permanente asesoría del Estado. En la actualidad, este Programa beneficia a un millón y medio personas, lo que equivale a una cobertura del 98% para el sector rural concentrado.

Desde mediados del siglo XIX y hasta mediados de la década del setenta del siguiente siglo, múltiples organismos, mayoritariamente públicos, tenían relación directa e indirecta con el desarrollo del sector sanitario a lo largo del país. Para el sector sanitario rural existió la Oficina de Saneamiento Rural, que dependía del Ministerio de Salud Pública, la Sección de Higiene Ambiental del mismo, y luego sería la Oficina de Ingeniería Sanitaria, perteneciente a la Corporación de la Reforma Agraria, del Ministerio de Agricultura. De acuerdo a estimaciones de la época, hacia 1960 la población rural contaba con menos de un seis por ciento en cobertura en agua potable rural, no existiendo entonces un organismo oficial responsable del abastecer a este importante sector del país.

A partir de la Resolución de la XIIª Asamblea Mundial de la Salud, en 1959, y la reunión de Ministros de Salud de América Latina, dos años después, donde se establece el compromiso de abastecer con agua potable al menos al cincuenta por ciento de la población rural concentrada para la década que se iniciaba, el Estado de Chile da inicio



al Programa de Agua Potable Rural, un programa que tiene entre sus objetivos iniciales beneficiar con agua potable a aquellas localidades rurales concentradas, entonces aquellas que contaban con una población superior a los doscientos habitantes e inferior a los mil, con una concentración superior a las cuarenta viviendas por kilómetro de futura red. Actualmente en el país este tipo de proyectos abordan principalmente el abastecimiento de agua potable con dotaciones mínimas de 100 l/hab/día y una concentración de 15 viviendas por kilómetro de red y una densidad de ciento cincuenta a tres mil habitantes (ver recuadro).

El inicio de este Programa coincide con un proceso histórico de suma complejidad para nuestro continente, eran tiempos en que la migración campesina a la ciudad, en busca de mejores expectativas de vida, amenazaba convertirse en un conflicto social sin precedentes para la época, precisamente por el creciente estado de marginalidad en el cual permanecía esta población, concentrada luego en precarios e insalubres núcleos habitacionales. Vale precisar que el sector rural la realidad no era muy distinta, las tasas de morbilidad y mortalidad producidas por enfermedades infecciosas, transmitidas por la vía digestiva, se elevaban de manera alarmante.

Así se inicia en 1964 este Programa cuyo desarrollo va a depender en sus primeras etapas exclusivamente de las transferencias que el Estado recibe gracias a un acuerdo con el Banco Interamericano de Desarrollo, BID para esta finalidad. Esta modalidad, tras sucesivas etapas de administración y dependencia, se mantendría hasta entrada la década del noventa, con el retorno de los gobiernos democráticos a Chile. A partir de entonces y bajo la modalidad de Inversión Sectorial de Asignación Regional, este Programa pasó a depender, de acuerdo a lo establecido en la Ley de Presupuestos, del Ministerio de Obras Públicas, a través de su Dirección de Planeamiento y luego a la Dirección de Obras Hidráulicas, donde radica hoy en día.

Es necesario precisar que en Chile los sistemas rurales de agua potable han sido definidos como aquellos servicios que se prestan en áreas calificadas como rurales, conforme con los respectivos instrumentos de planificación territorial, los llamados Planes Reguladores, que establecen como zona rural aquella que ha quedado fuera del área calificada como urbana. Estos sistemas no cuentan con una regulación jurídica – institucional que los rija, al no estar sujetos al cumplimiento del régimen de concesiones sanitarias que son las que rigen al sector urbano y cuya cobertura



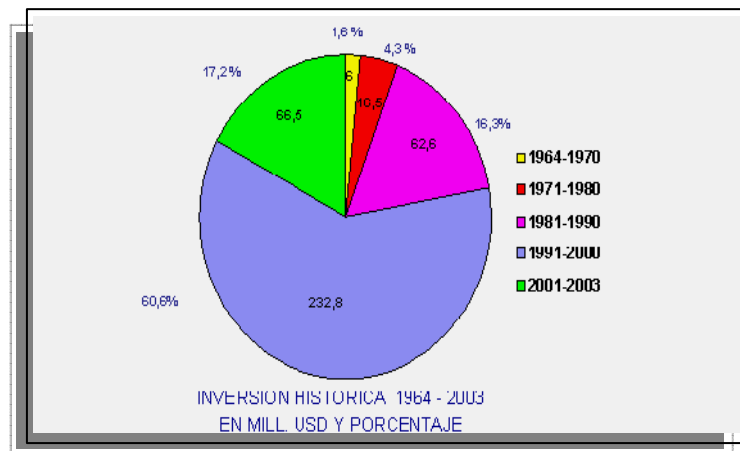
en agua potable y saneamiento bordea actualmente el cien por ciento. En este ámbito, los sistemas urbanos son administrados hoy por las empresas de servicios sanitarios, empresas privadas continuadoras de lo que fuera hasta entrada la década del ochenta el Servicio Nacional de Obras Sanitarias, servicio fiscal que se constituyó finalmente en una sucesión de empresas regionales prestadoras del servicio, conformadas como sociedades anónimas e inicialmente con una importante presencia del Estado. En los últimos años, estas han sido traspasadas al control de capitales privados extranjeros y es la Superintendencia de Servicios Sanitarios la entidad estatal que tiene la función de velar para que

éstas cumplan la Ley General de Servicios Sanitarios que regula al sector sanitario urbano.



Es de especial relevancia el rol que históricamente han jugado los beneficiarios desde el inicio de este Programa de Agua Potable Rural en Chile, hace ya 40 años. Las comunidades organizadas, a través de Comités y Cooperativas de Agua Potable Rural, han asumido la administración, operación y mantención de los sistemas, a través de una modalidad donde es cada beneficiario, el jefe o jefa de hogar, quien participa de esta organización como socio y de acuerdo a los atributos que les confiere la Ley.

Actualmente, al amparo de este Programa, son alrededor de siete mil los dirigentes y trabajadores de estos servicios capacitados de manera en aspectos financieros, administrativos, técnicos y comunitarios, con un presupuesto anual



promedio de \$1.109.236, destinado por el Gobierno para esta finalidad. La participación de la comunidad beneficiaria, en especial la mujer, como parte activa de estas organizaciones de usuarios, ha sido el eje central bajo el cual se han impulsado las nuevas políticas de asesoría. A partir del año 2003, se han incorporado a éstas conceptos tales como el capital social, la autosustentabilidad, desarrollo humano y el enfoque de género como un instrumento más de la gestión para el servicio.

La relación entre mujer y el agua potable rural ha ido a la par con los orígenes mismos de este Programa Social. Las responsabilidades sociales e individuales y el contexto en el cual se ha construido dicha relación, ha sufrido modificaciones sustanciales desde el momento en que comenzó, la actual etapa de este Programa en partió en 1994, período desde a partir del cual se incorpora progresivamente el trabajo de género en las habituales labores de capacitación y asesoría.

En el actual contexto, y cuando el Programa de Agua Potable Rural en Chile, ha sido reconocido internacionalmente como un buen ejemplo de gestión y administración, en especial de aquellos países en vías de desarrollo, la tendencia indica que sigue siendo la mujer la mayor responsable de su gestión a nivel doméstico y comunitario.

Por lo tanto, se convierte en una necesidad inmediata incorporarla activamente en esta tarea, más allá de algún compromiso político o de un programa formal, sino más bien como una necesidad que nace de su desempeño cotidiano ante la escasez o contaminación del agua, que la ha relacionado históricamente de una manera diferente a la gestión de este recurso. En la vida rural y campesina de nuestro país, fue la mujer quien tradicionalmente buscó las fuentes de agua, identificó su calidad y calculó la cantidad para el consumo familiar.

En Chile, la participación de la mujer en la administración de los servicios rurales de agua potable parece ser bastante mayor a lo que podría suponerse, considerando las estimaciones entregadas recientemente por Servicio Nacional de la Mujer (Sernam), que indica que en este país sólo el 36% de las mujeres en edad de trabajar lo hacen, en circunstancias en que el promedio latinoamericano es de un 44%. De acuerdo a estimaciones hechas por los responsables de este Programa Social del Ministerio de Obras Públicas, la contribución de la mujer en la historia de este Programa y a la labor de las organizaciones comunitarias que lo administran, ha sido permanente, aún cuando su desempeño suele todavía

remitirse en gran medida a labores administrativas, donde superan ampliamente al número de hombres. Le siguen las responsabilidades dirigenciales, donde su participación es cercana al cuarenta por ciento y en labores técnicas para la operación de estos servicios donde es considerablemente menor.

Algunas Experiencias

Son 2.800 las mujeres que se desempeñan actualmente en alguno de los 1.435 servicios de agua potable rural existentes en el país. Una experiencia que se ha sustentado básicamente por la acción de trabajadores y dirigentes quienes por más de cuatro décadas han cimentado uno de los más exitosos casos de autogestión comunitaria en Chile.

En este sentido, son múltiples las experiencias de adelanto productivo, proyectos de innovación tecnológica o desarrollo social a partir de la acción que han desplegado de estos servicios rurales.

Comité de Agua Potable de Incahuasi, Región de Atacama

El Desarrollo con Nombre de Mujer

La determinación de un grupo de mujeres, trabajadoras y dirigentes, convirtió a esta naciente organización, en una de las regiones más áridas del mundo, en un buen ejemplo de administración.



El poblado debe su nombre a una expresión de la cultura Inca, que refiere al lugar donde se levanta la casa de Inca. Y aunque hoy la ruta panamericana se abra paso a escasos metros de sus empolvadas callejuelas, nada impide que en este rincón todavía los días transcurran de una manera apacible.

No cuesta mucho trabajo tampoco percibir que aquí la subsistencia es una tarea difícil, una lucha que se libra a diario desde que este antiguo asentamiento minero dejara atrás su incesante actividad ligada a la extracción de cobre y plata. Ahora, y como un silencioso testigo, solo queda la antigua estación del ferrocarriles y una población compuesta mayormente por mujeres que han debido conformarse con la ausencia de sus padres, hijos o esposos, la mayor parte emigrados en busca de mejores perspectivas, un camino hacia otras regiones o a las nuevas empresas mineras que se instalan en la región.

Y aunque la precariedad económica, o la misma ausencia, parezcan sellar la suerte del “*Pueblito Feliz*”, como llegara a ser conocido en sus mejores tiempos, (cuentan que por sus interminables juergas y cantinas), no es de extrañar que sea un grupo de mujeres quienes hayan devuelto al poblado de Incahuasi el sitial



que se merece desde tiempos en que fuera éste el lugar elegido para el descanso del Inca.

Cinco mujeres a quienes esta población agradece el milagro del agua potable, una conquista no menor al tratarse de una de las más áridas regiones del planeta, la de Atacama, setecientos kilómetros al norte de Santiago, la capital.

Con precipitaciones anuales que no superan la media anual de los 50 mm/año, resulta natural que el agua sea, para muchas localidades de esta región, un sueño todavía imposible y un desafío aún mayor si se trata de abastecer pequeños asentamientos como el de Incahuasi, donde el suministro tradicionalmente ha sido a través de reducidas captaciones subterráneas, pozos sin ningún tipo de tratamiento. Y es el caso de este antiguo poblado, compuesto por 220 habitantes, y cuyo pozo, como otros en esta región, dejaron de garantizar desde hace mucho tiempo un suministro continuo.

A partir de aquella escasez, se inicia un singular episodio en la vida de Liria, Ángela, Verónica, Vilma y Patty, cinco pobladoras que tienen bajo su responsabilidad el único sistema de agua potable rural que en Chile es abastecido por un camión aljibe. El vehículo pesado, con capacidad para 10 m³, fue adquirido para el comité de agua potable como parte del proyecto original. Un vehículo que debe realizar dos salidas diarias hacia las localidades de El Trapiche y Totoral, distantes a unos veinte kilómetros de este poblado.

Estas lejanas fuentes de agua son las únicas capaces de surtir al estanque de Incahuasi, una estructura de hormigón semienterrado, con capacidad para 30 m³, desde donde es regulada el agua para el posterior tratamiento.

Y aunque el uso de un camión para abastecer a una localidad pueda parecer una práctica común, (en efecto lo es, en situaciones de emergencia o de sequía), en este caso se trata de un servicio de agua potable rural cuyo diseño no varía al de

otros cientos construidos por el Estado de Chile y que es abastecido íntegramente por esta vía no tradicional.

Verónica Valenzuela es la actual presidenta del servicio y a quien la comunidad de Incahuasi reconoce como principal gestora del proyecto. La joven dirigente recuerda que uno de los primeros impedimentos fue la falta de agua para instalar cualquier sistema de agua potable. “Cuando nos dijeron que el nuevo proyecto dependía de un camión, la verdad es que nadie entendía mucho, menos acá donde ni siquiera hay autos, menos íbamos a saber de permisos o sobre su mantención”, señala. Pero ante la necesidad extrema, las autoridades locales advirtieron que un camión aljibe, que pudiera abastecer al servicio desde otros puntos, era la opción más concreta para hacer posible un proyecto de agua potable rural.

“Es muy difícil pensar que se pueda aprobar un proyecto de esta naturaleza en alguna localidad donde no exista una fuente confiable desde donde extraer agua, ya sea superficial o subterránea, pero en este caso no había nada, lo cual hacía más complejo este proyecto”, señala Fresia Gómez, profesional asesora del este Programa en la Región de Atacama y quien siguió de cerca la constitución de este servicio.

Y mientras las autoridades responsables del proyecto gestionaban la adquisición de este camión, estas cinco dueñas de casa veían con cierta impaciencia como su anhelo comenzaba a convertirse en una



diligencia que tardaba algo más de la cuenta.

“Nos decían que en Santiago no querían entregarnos el camión, por eso hicimos tanto ruido, y por eso también fuimos a la prensa”, recuerda Verónica, en alusión a la entrega del vehículo, trámite que efectivamente se vio sujeto a un procedimiento mayor de lo esperado, en gran medida porque ningún servicio de agua potable rural había contemplado antes una solución de estas características.



Ese sería el principio de una ardua cruzada impulsada por estas pobladoras, previamente organizadas en un Comité Pro Agua Potable y que llegaron a golpear todas las puertas imaginables para simplificar esta gestión, “... básicamente porque el pozo de Incahuasi ya no alcanzaba para abastecer a la población, sacábamos un poco de agua y se quedaba seco (...) la Municipalidad de Vallenar² nos tenía que venir a dejar el agua en un camión cisterna”, recuerda Verónica.

Finalmente, el proyecto, que significó más de un dolor de cabeza para las partes involucradas, logró concretarse el año 2003. Desde entonces, muchos reconocen el enorme avance en la administración de este servicio que ya cuenta con sesenta arranques domiciliarios y su propia sede, una modesta construcción de madera donde radica una de las administraciones de agua potable más exitosas de la región, según la Asistente Social Fresia Gómez.

Para la profesional, el caso de Incahuasi resulta singular pues sus dirigentes, todas madres solteras y dueñas de casa, dieron una pelea sin precedentes para obtener el agua potable. “Cuando se constituyeron en el comité pro agua potable, llegaron a instancias insospechadas para conseguir una respuesta”.

² Ciudad distante a 95 kilómetros de Incahuasi, perteneciente a la Provincia del Huasco, Tercera Región de Atacama.

Ciertamente, muchos recuerdan a este grupo de mujeres sentadas en la carretera como señal de protesta, frente los micrófonos de la radio y la televisión, exigiendo la pronta entrega del camión. Ese sería el primer paso que las convirtió, tal vez sin proponérselo, en reconocidas dirigentes sociales de esta región.

“Con el correr del tiempo nos dimos cuenta del real trabajo que ellas habían hecho – reconoce una vecina de Incahuasi - eso ahora una lo ve en la forma como llevan a adelante el comité de agua, sus papeles y boletas, todo siempre está en completo orden”, señala al ser consultada sobre la prestación del servicio.

“Se nota que para ella (Verónica), el apoyo de la comunidad y las trabajadoras del servicio ha sido lo más importante”, indica Vilma Campusano, secretaria administrativa del servicio, en relación a la incuestionable labor de la actual presidenta, sobre quien recae esta enorme responsabilidad. Las palabras de su compañera coinciden plenamente con la visión que Verónica mantiene sobre la gestión del agua potable, “ahora puedo decir, como presidenta del servicio, que me siento mucho más apoyada por la comunidad y de esa manera todas hemos ido adquiriendo más confianza para enfrentar cualquier tipo de problemas”, señala al recordar sus inicios como dirigente.

Hoy, a dos años de la puesta en marcha del servicio, la Señora Liria, Tesorera del Servicio, muestra con orgullo el acta que certifica la propiedad del comité sobre el camión aljibe “... todo un logro después de tanto tiempo, ¿o no?”, comenta con una sonrisa. – “... no tanto, todavía nos falta poder manejarlo”, se adelanta Patty, Vicepresidenta del Comité, en alusión a una de las más importantes decisiones que próximamente deberán tomar estas trabajadoras: elegir, de entre una de ellas, la futura conductora del camión. La razón, esgrime la dirigente, es de orden económico, pues un importante porcentaje de la recaudación mensual del Comité es destinado al sueldo del Chofer, uno de los escasos jóvenes de Incahuasi que tenía licencia de conducir al momento de llegar el camión.

La Vicepresidenta agrega otro dato adicional para dejar en claro que la medida no se trata de una arbitrariedad, “pero ocurre que el camión llegó nuevo y ya se nos fundió el motor. (...) repararlo nos obligó a desembolsar los ahorros del servicio, más de un millón de pesos³”, señala Patty, quien asegura que con una de ellas tras el volante no se van a repetir este tipo de percances.

Pero existe a una razón más poderosa aún y que parece revivir en este grupo de mujeres las ganas de continuar en esta tarea que recién empieza. Como advierte una de estas trabajadoras, “nuestro primer orgullo es ser uno de los pueblos mejor evaluados de la región en el rendimiento escolar de nuestros niños”. Un orgullo que a la vez, enfrenta a estas mujeres a otra dura realidad que es la partida de los niños, una vez que han concluido la primera parte de su educación primaria. La Escuela Básica Rural de Incahuasi llega sólo al sexto básico, razón por la cual los niños deben continuar sus estudios, en régimen de internado, en la ciudad de Vallenar y luego terminar su educación secundaria en la vecina región de Coquimbo. “Todos los niños que han salido de Incahuasi han sido los mejores estudiantes en sus escuelas y liceos (...) y es que nosotras nunca hemos descuidado la educación de nuestros hijos, vamos todas juntas a las reuniones de curso si es necesario y estamos junto a ellos en cada momento y eso es lo que nos distingue de otros poblados cercanos donde han entrado con más facilidad otras costumbres desde afuera”, señala Patty sobre la realidad de localidades vecinas.

³ Al momento de la entrevista, 1 US\$, equivale a \$ 536 chilenos.

Comité de Agua Potable Rural de Incahuasi

TESTIMONIOS DE SUS TRABAJADORAS



Liria

Tesorera

De pocas palabras y añorando “la simpleza de las cosas de antes”, como dice, la señora Liria, tesorera del servicio, es la mayor en este grupo de mujeres y aunque reconoce que fue la más indecisa a la hora de asumir su actual responsabilidad, el compromiso con su comunidad ha sido siempre lo primero. Y de eso no cabe duda, la señora Liria ha tenido una destacada participación en anteriores organizaciones de esta comunidad.



Patty

Vicepresidenta

“Para mi ha sido bonito esto del agua porque en este tiempo aprendí a relacionarme mucho más de cerca con la comunidad y a darme cuenta que somos las mujeres las que nos llevamos el trabajo más pesado en este pueblo (...) mi sueño: ojalá que un día alguna de nosotras sea la que pueda manejar el camión.



Vilma

Secretaria administrativa

“Llegué a este trabajo sólo por la necesidad”, reconoce esta mujer, la única trabajadora del servicio, que obtiene su remuneración a través del Municipio de Vallenar, gracias a una gestión del Comité. “Al principio pensé que no iba a servir para esto, pero ahora, casi sin darme cuenta, lo hago mucho más rápido y mejor”. Mi gran anhelo es que acá podamos todas juntas terminar el cuarto medio”.



Araceli

Secretaria de la Directiva

“Con este trabajo siento que estoy sirviendo a la comunidad. Aunque a veces me lo reprochen en la casa, acá puedo compartir con la gente de Incahuasi”.



Verónica Valenzuela

Presidenta del Servicio

“Es verdad que este trabajo absorbe mucho tiempo, pero me pregunto ¿qué pasaría si me quedara en la casa, dedicada sólo a lo doméstico, a dónde queda mi realización como persona? Con este trabajo me di cuenta que podía ser mucho más que una dueña de casa y que los problemas hay que solucionarlos con disposición, optimismo y lo más importante, entre todos.

Mi desafío nosotras va a tener que manejar”.

La Leyenda de Incahuasi

Los primitivos habitantes del Norte Verde rendían culto al dios Inti, representado por el sol y también a Pichidangui, Gualliguaica, Pichicuy e Incahuasi.

Inti era el dios de todo. Pichidangui estaba representada por el amanecer y por la época en que arribaba la primavera:

Paz Lyllian de Coliumo, Poeta y Presidenta del Comité de Agua Potable Rural

El Mar me entregó la vida

En esta tranquila caleta pesquera en la bahía de Dichato, Paz Lyllian encontró la necesaria inspiración para sus dos grandes amores: la poesía y una lucha incansable por el derecho de los suyos, los campesinos y pescadores de Coliumo, quienes la han bautizado cariñosamente como “la madre de los pescadores”.



Recuerda que fue una tarde en la misma playa donde hoy se levanta su hogar y en compañía del fallecido poeta Alfonso Alcalde, cuando conoció a Pablo Neruda, quien definió su obra como “...de una dolorosa candidez”. Y lo cierto es que esa misma sencillez y el amor que ha demostrado a ésta, su tierra, y a cada uno de sus habitantes, se transmite no tan sólo en su sensible prosa, también en una vocación de servicio a toda prueba, regalando sus tierras a modestos campesinos o agradeciendo al mar cada navidad, esta madre, abuela y, por sobre todo, respetada dirigente social, se ha ganado merecidamente el cariño de su gente: los habitantes de Coliumo, hoy convertido en un interesante circuito turístico y cultural, gracias a su empuje y al apoyo de su comunidad.

Fue el año 1984, cuando ocurrió un hecho insólito para esta apacible caleta de un centenar de habitantes, una acción que desde ese momento transformaría el destino de sus habitantes, quienes una mañana de diciembre fueron sorprendidos por la repentina irrupción de uniformados y algunos buques de la armada. Quienes conocían la razón de tal revuelo eran los modestos pescadores de Coliumo, que cansados de lidiar contra los grandes buques factoría, que llegaban hasta el mismo borde costero, emprenden una arriesgada acción.

Aquella madrugada, y mientras sus pequeños botes se abrían paso entre la niebla, lograron acercarse hasta una de estas monumentales naves industriales y despojarla de su Panga, la pequeña embarcación que secunda a cada una de éstas en su proceso de extracción.

En medio de la agitación que el hecho originó y haciendo frente a las autoridades militares de la época, Paz Lyllian alzó su voz, para ir en defensa de los suyos. La embarcación incautada había quedado en terrenos de su propiedad y la señora Lyllian no estaba dispuesta a devolverla fácilmente, a no ser que se garantizara la seguridad de los pescadores y mientras la autoridad no tomara las medidas necesarias contra estas empresas cuyos métodos de arrastre habían sumido a los pescadores y sus familias en la precariedad más absoluta.

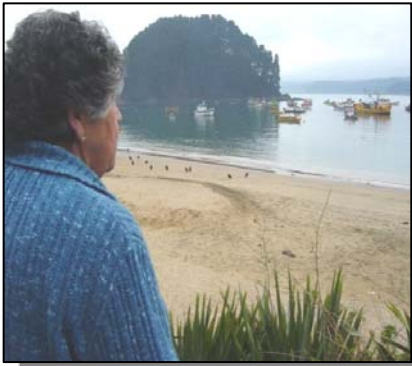
La navidad en el Mar

Veintiún años han transcurrido desde ese hecho y la señora Paz no puede ocultar la emoción que esos recuerdos le producen. Fueron días difíciles para ella y para todos los habitantes de Coliumo, pero sería su tenacidad y la movilización de toda una comunidad por defender su fuente de trabajo, lo que permitió finalmente una medida oficial, decretando una prohibición de ingreso al litoral para estos buques factoría.

“Fue algo tan intenso y difícil para esta pequeña localidad, verse así, rodeados de militares y con tanta presión encima, que en ese momento pensé que de alguna forma habría que retribuirle a nuestro mar y a todos los pescadores que nos han dejado, aquel “milagro navideño”, el mismo que nos devolvía lo que ha sido nuestro desde siempre (...), de alguna manera teníamos que compensar ese tremendo sufrimiento y la angustia de ese tiempo”, recuerda.

Paz Lyllian, junto a un grupo de niños, todos hijos de pescadores, pusieron manos a la obra: había que crear una actividad que recordara aquel suceso que, precisamente, ocurrió en vísperas de aquella navidad. Un evento, como recuerda,

“que sirviera para agradecer al mar y dignificar a nuestros pescadores artesanales”. Y no tardaron mucho en encontrarlo: desde ese día acordaron celebrar aquella fiesta en el mar. “Se nos ocurrió entonces que el nacimiento de Jesús, como algo bíblico o histórico, era lo más apropiado para ese momento”, señala.



Y con esa simple idea, se conmemoró esa navidad de 1984, el primer evento local bautizado como “Navidad en el Mar”, una modesta celebración, sin más pretensión que agradecer al mar, se convertiría en una de las más tradicionales fiestas que anualmente se celebran en esta región del país, un evento capaz de convocar en un solo día a miles de visitantes, quienes copan sus estrechas calles para ver a los pequeños reyes magos bajar desde su embarcación, recreando el episodio histórico junto a sus familias y en una jornada donde la población local premia a sus madres, a los pescadores y a sus estudiantes destacados, todo en un ambiente de júbilo.

Un segundo milagro

Casualidad o no, lo cierto es que en esos mismos días del 84`, se instala el primer servicio del agua potable en Coliumo, hecho que representó el impulso decisivo para que esta aislada caleta pesquera se transformara paulatinamente en el espacio de atracción cultural que es hoy en día. Para quienes conocen la historia de esta localidad y su milagrosa transformación, saben que podrían ser muchas más las iniciativas atribuidas a la sensibilidad de esta mujer, quien entre otras tantas funciones, ha sido seis veces presidenta del comité de agua potable rural, servicio que ella designa como el “segundo milagro” de ese período.

Gestora de estos dos “milagros”, la dirigente reconoce que desde entonces, la vida en esta caleta pesquera se fue transformando progresivamente. “El agua potable hizo posible un centro de salud, la escuela básica, aparecieron los pequeños comerciantes y los restaurantes, todo eso cambió la cara de este pueblo”.

Sin embargo, y a lo mejor, como un tercer milagro, esta pequeña caleta parece haber logrado esa rara condición que consiste en mantener un orgullo a toda prueba, el amor por este mar, por sus tierras y por una historia y una lucha que no es la de Paz Lyllian, sino la de todo un pueblo, el de Coliumo, “el pequeño paraíso, paraíso de mis sueños, de mis recuerdos y de mi manera de mirar al mundo”, a decir de la Poetiza.

Para Recordarte

Para recordarte madre

Tan solo quiero una gota de rocío

Sobre el pétalo del viento

Sólo quiero sentir el frío

De una tarde de invierno

Y arrebozarme en el calor de tu ternura

Para recordarte, sólo basta tu nombre

Y mi nombre en el tiempo



Paz Lyllian de Coliumo

“Hacia donde Vuelan las Gaviotas” (Coliumo, 2005)

Un Buen Ejemplo de Integración y Administración



Ni los años que separan a estas dos mujeres, unidas por relación entrañable, fueron obstáculo para trabajar junto a su comunidad, golpeando puertas hasta donde fuera necesario para que la localidad rural de Los Maitenes, zona de importante actividad agrícola, contara con agua potable.

Es una soleada mañana de otoño y en las oficinas del Comité de Agua Potable Rural “Los Maitenes”, Margarita Donoso, secretaria administrativa de este servicio, escucha con atención a la Señora Ula, vicepresidenta de esta organización y con quien comparte no sólo las tareas administrativas del servicio, sino por una larga relación de afecto y una mutua admiración que ha dado frutos en la exitosa gestión de este comité y en la pequeña empresa familiar “Las Margaritas”, dedicada a la producción de conservas y confituras cuyo origen son las frutas que provienen de la huerta orgánica que mantiene la mayor de estas mujeres.

Ula Von Harpe hilvana con serenidad alguno de sus recuerdos, en especial, su llegada a estas tierras hace ya sesenta años, entonces, como la menor de varios hermanos. Evoca los días de angustia vividos en su Europa natal durante la Segunda Guerra, cuando los Von Harpe, Alemanes de origen Estonio, buscaban un lugar seguro entre tanta incertidumbre. Se emociona al recordar el largo viaje que emprendió con su familia por el viejo continente y sobre una desvencijada carretilla que guiaba su padre, periplo que afortunadamente llegaría a su fin junto con la guerra y con esta familia afincada en Chile, en una pequeña localidad rural de la zona central, 120 kilómetros al sur de la capital.

Los Maitenes, en la comuna de San Vicente de Tagua Tagua, es un pueblo tranquilo, una zona de larga tradición agrícola y que gracias a referencias aportada por parientes, sería el lugar elegido para que los Von Harpe iniciaran su nueva vida como una familia más de pequeños agricultores.

Comenzaba un nuevo reto para esta familia, cual era asimilar las nuevas formas y la cultura campesina del lugar, entonces considerablemente más atrasada en cuanto a las formas de trabajo agrícola. Esta nueva realidad, llevó al patriarca de la familia a trabajar empeñosamente en construir pequeñas obras de regadío y redes para encauzar el agua para el consumo de los habitantes.

“Una de las cosas que sorprendió a mi padre cuando llegamos acá, el año cuarenta y ocho, fue ver que el agua que se consumía era sacada directamente de las acequias, (...), se le ocurrió entonces construir canales y redes, junto a los campesinos del lugar, para que el agua llegara a todas las parcelas, y aunque lo consiguió, esa primera experiencia no alcanzó a perdurar por mucho tiempo, principalmente por el escaso hábito que había en ese entonces para administrar estos sistemas”, evoca Ula, recordando el impulso de su Padre.

Con certeza, esta localidad tendría que esperar al menos cuatro décadas más para ver concretarse uno de los más importantes beneficios a los que pueda acceder alguna comunidad agrícola: el agua potable.



Sin embargo, uno de los importantes legados que dejó el inmigrante a su nueva localidad fue la escuela rural de Los Maitenes, construida inicialmente como una modesta construcción que albergó a niños de primero a cuarto básico y que actualmente atiende todo el ciclo básico.



Margarita Donoso fue una alumna más de este establecimiento y quien, como otros chicos del lugar, creció escuchando las historias sobre esta familia de inmigrantes. Eso hasta el día en que recibió un sorpresivo llamado desde el fundo de los alemanes, como era conocido entonces, y donde también trabajaba su Padre. Aquella cita sería el inicio de una larga historia junto a esta familia. “Tenía doce años y un día me avisaron que me necesitaban en el fundo (..), me acuerdo que no entendía nada, me preocupé mucho y corrí con mucho miedo desde mi casa, que estaba como a cuatro kilómetros y sin saber de que se trataba”, recuerda. Un trabajo, que al igual que hacían otros jóvenes del lugar, consistía en tareas de cosecha y producción para esta empresa familiar.

Lo que tal vez Margarita nunca imaginó es que aquel trayecto sería el inicio de un estrecho vínculo con la señora Ula, una relación que la incorporó como una más de esta familia y luego, como administradora de la empresa Las Margaritas Limitada, de la cual es actualmente socia. “Una de las claves de esta pequeña sociedad limitada - nos indica - es haber logrado su reconocimiento por incorporar un tratamiento cien por ciento orgánico a todos los productos, de los cuales destacan las mermeladas y conservas (...) el poder contar con agua potable nos ha asegurado la elaboración de productos totalmente naturales, además fue el primer requisito cuando tuvimos que solicitar nuestra resolución sanitaria, ante el Servicio Nacional de Salud”, señala.

“El hecho que el agua potable del Comité sea analizada periódicamente, nos ha garantizado que podamos comercializarla, aunque sea a pequeña escala y eso corre también para cualquier empresa, sea grande o pequeña”, agrega.

Con el paso del tiempo y repartiendo el tiempo entre sus estudios y tareas para la empresa, Margarita Donoso se involucró activamente junto a la señora Ula en

diversas iniciativas comunitarias, entre ellas, el Comité Pro Agua Potable, el que asumió como presidenta en 1999.

“Aquí el agua potable era una necesidad tremenda, principalmente porque la actividad agrícola en esta región se ha vuelto cada vez más profesional. Con los nuevos tratados comerciales y la exportación, el agua potable se ha convertido un requisito fundamental, aún para nosotros, que somos una pequeña empresa familiar”, señala la joven, quien por estos días intenta concretar una importante venta a una cadena de supermercados. La señora Ula agrega con orgullo que sus productos se desarrollan sobre la base de la elaboración de mermeladas a una escala muy reducida, lo que les ha permitido mantener la buena calidad de sus productos.

Lo cierto es que la tarea por lograr el ansiado servicio de agua potable rural se concretó recién el año 2000, no sin antes desplegar un gran esfuerzo por parte de estas dos mujeres, quienes se volcaron a la tarea de involucrar a toda la comunidad y a cuanta autoridad pudieran contactar a fin de lograr el beneficio. “afortunadamente, el Alcalde de entonces entendió lo importante que era el agua potable para nuestros agricultores y para la salud de nuestros niños”, reconoce Ula.

Como Presidenta del Comité Pro Agua, Margarita reconoce que aquel período fue uno de los más intensos y decisivos, “hubo que hacer un trabajo mancomunado al interior de la comunidad, informando y creando conciencia sobre la importancia del agua potable y de participar como beneficiarios de esta iniciativa”. La joven dirigente, encabezando esta organización, gestionó también la compra del terreno para emplazar el futuro servicio, una iniciativa que sería esencial para obtener el beneficio, por cuanto es éste uno de los más importantes requisitos para que una localidad rural concentrada, que cumpla con los requisitos, sea beneficiada por el Programa de Agua Potable Rural.

La señora Ula Von Harpe, quien había presidido antes una Asociación de Canalistas, reconoce que aún cuesta que la gente tome real conciencia de cuidar sus recursos naturales, especialmente el agua. Lo cierto es que esta mujer ha consagrado mucho tiempo a promover su buen uso y también a incentivar la cultura del reciclaje. “Yo no puedo dejar de reconocer que no podría existir la actividad agrícola que hay en este lugar ahora si no hubiera sido por el agua potable”, sostiene en alusión a las rigurosas disposiciones que los servicios de salud imponen al respecto y como primera medida, para el funcionamiento de cualquier empresa, para sus trabajadores y para cualquier fase de la producción.

Y mientras la señora Ula atiende a un usuario que se acerca a pagar la cuota mensual por el servicio, nos cuenta que hoy en esta localidad son 170 los usuarios inscritos como socios en el Comité de Agua Potable y que afortunadamente son escasos los problemas o casos de morosidad en las cuotas, las que bordean los \$3.000 de cargo fijo más el cargo variable por el mt3. “La buena participación de esta comunidad con el comité lo vemos reflejado principalmente en las asambleas, donde hay una muy buena participación de los socios, que han entendido lo importante que es contar con agua potable para su salud y para cualquier actividad que realicen”.

Lo cierto es que la totalidad de los habitantes de Los Maitenes, en San Vicente de Tagua Tagua, cuentan con agua potable en sus propios hogares, y se podría afirmar con toda propiedad que ha sido gracias al empuje de estas dos mujeres y a la incesante labor de promoción que este Comité, dirigido por cinco trabajadoras, ha realizado en conjunto con su comunidad.

Consultada al respecto, Margarita reconoce que ahora existe mayor conciencia sobre el agua potable y ello se traduce en un mayor compromiso y cuidado de la comunidad con el uso que se le da al recurso, “nosotros nunca hemos tenido mayores problemas con el suministro o restricciones en el uso del agua, lo que nos asegura un funcionamiento sin problemas para cada familia, incluyendo

también pequeños procesos productivos que se dan en esta zona y durante todo el año”, sostiene con orgullo esta joven dirigente.



Servicio de Agua Potable Niebla – Los Molinos

Comité de Agua Potable y la Comunidad Recuperan Microcuenca

Proyecto Reforestación, impulsado por el Comité de Agua Potable Rural, en conjunto con alumnos de la Escuela Básica Rural, ha permitido recuperar paulatinamente la microcuenca del Estero La Huairona. La masiva plantación de especies nativas en lugar donde se emplaza la captación de este servicio, logró integrar a toda la comunidad.



Recientemente la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, (OCDE) entregó al gobierno de Chile los resultados sobre la Evaluación de Desempeño Ambiental 1990-2004. En su informe, el organismo internacional sugiere, entre otras áreas, mantener las actuales políticas de infraestructura sanitaria, tales como la inversión en sistemas de agua potable, alcantarillado, tratamiento de aguas servidas y la infraestructura sanitaria para el sector rural, donde Chile es reconocido por el significativo aporte de su cobertura.

Sin embargo, el informe hace un especial llamado para que este país desarrolle políticas integradas para la gestión de las cuencas hidrográficas, a fin de mejorar y proteger el manejo del recurso hídrico y con él también el forestal. Sobre este tema, las evidencias apuntan a que los procesos de sustitución del bosque nativo por las denominadas especies exóticas (pinos y eucaliptos, principalmente), están creando un serio desequilibrio en vastas zonas del país, originando serios problemas sobre sus cuencas hidrográficas. El problema radica en que este tipo de especies, introducidas progresivamente con fines de comercialización, tienden, en su proceso natural, a destruir el suelo vegetal y a absorber una gran cantidad de agua desde sus fuentes subterráneas y superficiales.

Niebla y Los Molinos, son localidades vecinas, a 17 kilómetros de la ciudad de Valdivia, en la Décima Región de Los Lagos, y que han sufrido un progresivo deterioro ambiental, principalmente por la acción de las empresas forestales que se han instalado en esta zona. Son pequeñas y grandes sociedades que suelen, adicionalmente, presionar a los pequeños propietarios del sector para poner en venta sus terrenos, debido principalmente a la escasez de propiedades susceptibles de forestar.

No obstante, en este lugar el hecho reviste un mayor impacto, por cuanto la zona costera de esta región es habitada fundamentalmente por población de origen Mapuche y por ser ésta a una de las más importantes reservas de especies nativas de la denominada selva mixta o del tipo "valdiviano", una de las pocas que posee remanentes de antiguos bosques milenarios, donde crecen Coigües, Ulmos, Robles, Mañíos, Laureles, raulíes, entre otros fastuosos árboles nativos, especies capaces de acumular y entregar gradualmente agua a arroyos y ríos de las cuencas andinas y costeras. Esta regulación del flujo hídrico es la base para otras actividades económicas de importancia regional y nacional.

En la ribera del río Valdivia y próximas a la desembocadura con el Océano Pacífico, la población de Niebla y Los Molinos subsiste principalmente gracias a la pesca artesanal y al turismo que se da durante el verano, período en el cual se presentan los mayores índices de contaminación, asociados al bajo caudal que desde hace algunas décadas presenta el Estero La Huairona, la más importante fuente de agua que abastece a este lugar.

En la localidad de Niebla se encuentra el Comité de Agua Potable, que es el encargado de operar y administrar este sistema, construido por el Estado en 1988 y que actualmente beneficia a 4.580 habitantes de ambas localidades.

Concientes del riesgo que significaba esta situación, los dirigentes de este servicio acordaron, en 1998, comprar seis hectáreas de laderas donde se emplaza la captación de este sistema, ubicada en la quebrada del estero Cutipay, donde nace la micro cuenca. Esa fue la primera acción de sus dirigentes al constatar que ya se comenzaba a talar indiscriminadamente, por cuenta de lugareños que vendían su madera para leña y por la acción de las empresas forestales.

Basta revisar las cifras de disminución del bosque nativo realizado hace algunos años por la Corporación Nacional Forestal, CONAF, en esta región del país, para constatar los alcances de la deforestación. Los resultados indicaban una disminución - en un solo año - de 18.100 hectáreas, de las cuales un 37% correspondían a la sustitución de bosque nativo por plantaciones exóticas, un 33% por transformación en praderas y matorrales y un 19% por incendios. De esta pérdida, según el mismo estudio, solo 11.500 hectáreas eran renovales, lo cual confirma que es este tipo de masa forestal es la que se encuentra en mayor riesgo.

Ante la evidencia, el año 2003, el Comité “Niebla – Los Molinos”, llamó a una asamblea general para exponer la situación ante la comunidad, pues el problema ya no se limitaba solamente a la contaminación del estero La Huairona, que en período estival (cuando aumenta el número de su población), dejaba en evidencia una colosal contaminación del afluente, sino, a un inconveniente aún mayor: la acelerada pérdida de especies nativas y la turbiedad del agua, por un acelerado proceso de erosión.



Así nació el Proyecto de Reforestación, una iniciativa gestada desde el comité de agua potable rural y que pretendía una plantación masiva en los mismos terrenos adquiridos por el comité, a fin de proteger el nacimiento de la cuenca y asegurar, de paso, el abastecimiento de agua para futuras

generaciones. “La idea de reforestar nos rondaba desde hace mucho tiempo, con esa idea se compraron los terrenos de la captación”, señala Leticia Hernández, Presidenta del Comité y quien se desempeña desde hace cinco años en esta organización comunitaria y en el servicio de salud en Niebla.

Tras presentar infructuosamente este proyecto en diversas instancias, la organización optó finalmente por asumir esta colosal tarea por su propia cuenta. “Así empezó este trabajo - recuerda la dirigente - invitando e informando a las organizaciones de toda la comunidad, luego se compraron las especies nativas”. Fueron dos etapas, la primera en el invierno del año 2003, un mes después de realizarse la primera asamblea, donde se informó de este proyecto y la segunda, el año 2004. Fueron en total seis mil especies nativas, tales como, Canelos, Peumos, Avellanos y Lingues, que han proporcionado, según las mediciones del Comité, un aumento del caudal y la disminución en la turbiedad del agua, dos de los principales problemas que animaron el proyecto.



María Eugenia Muñoz, Secretaria del Servicio, recuerda, “cuando el Comité planteó la idea, se invitó a todos los vecinos del sector, pero fueron en especial los niños de la Escuela de Niebla los más entusiasmados con la idea”. Fueron, en efecto, sus alumnos, organizados en dos grupos de acción ecológica, quienes estuvieron en cada

momento junto al personal del Comité trabajando en los escarpados terrenos de la micro cuenca.

Y en estas tareas, un actor principal fue Claudio Ortíz, Operador del Servicio de Agua Potable Rural, un joven de ancestros Mapuches y cuyos conocimientos de la flora nativa del lugar resultó vital a la hora de seleccionar las especies, de



acuerdo a sus características, al tipo de tierra, la luz, inclinación de los terrenos y humedad, entre otros factores que resultaron de gran ayuda a los cerca de trescientos voluntarios que se involucraron con esta idea.

Para el profesor de la Escuela Básica de Niebla, Eduardo Salas, “el proyecto fue una hermosa iniciativa por la gran cantidad de árboles plantados y por la activa participación de los niños”. El docente, quien lleva 28 años residiendo en Niebla, es tajante al señalar que todas las actividades del taller ecológico corresponden íntegramente al apoyo del comité de agua potable, organización con la cual mantienen un



Los Profesores del Taller Ecológico

estrecho vínculo, “... como no va a ser bonita la iniciativa del comité con estos niños (...), yo vi secarse los seis esteros que había antes en este lugar. Ahora, uno ve los camiones cargados de madera, ya no están los cisnes, ahora están los aserraderos y muchos lugareños, todos Mapuches, viven ahora de la venta de escasa leña que va quedando o de los helechos que también desaparecen”.

El papel que desempeñó el Grupo Ecológico de la Escuela, que integran alrededor de cincuenta alumnos de entre ocho y doce años de edad, fue primordial para la difusión de este Proyecto. Gracias a su trabajo, el proceso mismo de la plantación pudo contar con la activa participación de al menos trescientas personas, entre los profesores de la Escuela, Bomberos, Carabineros, el Club del Adulto Mayor, Juntas de Vecinos, el Sindicato de Pescadores y la Comunidad Indígena, todos ellos coordinados por el Comité de Agua Potable Rural, organismo que costeó, de sus propios fondos, gran parte de la iniciativa.

“Ahora podemos ver que las seis hectáreas que se reforestaron son una zona protegida de la caza, la basura, el tránsito de animales y, por sobre todo, se asegura que vamos a tener el agua limpia y suficiente para la comunidad gracias

al apoyo de nuestra comunidad”, nos cuenta uno de los operadores del Comité, en relación al impacto que tuvo este trabajo.



Los Trabajadores del Comité. Leticia (de parka amarilla).

“De niña, me llevaban a pasear al estero y ahí me acuerdo de haber visto sus aguas cristalinas, uno podía ver los salmones, las Garzas o los Coipos”, recuerda con cierta nostalgia, Leticia Hernández sobre los paseos familiares que la gente del lugar solía realizar antiguamente al estero La Huairona, el mismo que hoy, poco a poco, va dejando atrás la contaminación que la convirtió en un

pequeño arroyo de aguas turbias.

La dirigente dice mantener la esperanza de poder transmitir estos recuerdos y su experiencia a los niños de la Escuela, la misma donde ella cursó sus estudios primarios y aprendió el cariño por este lugar como una integrante más del Taller Ecológico y que hoy también integra su pequeña hija. “Tengo la confianza en el trabajo que hacemos con los niños, porque ellos también han visto esta transformación (...) hasta hace no mucho tiempo atrás, ellos salían de sus casas y podían ver en el río a centenares de cisnes, los mismos que han muerto en el transcurso de este año por la contaminación del río Cruces y que juntos alimentamos porque ya no tenían que comer”, concluye la joven Dirigente e impulsora del proyecto de reforestación.

El Taller Ecológico

El apoyo que el Comité ha hecho a este grupo ecológico y, en particular a sus profesores guías, Luisa Aros y Eduardo Salas, ha permitido desarrollar otros talleres educativos para incentivar el conocimiento de los niños sobre flora y fauna nativa, incorporando la valoración de la cultura Mapuche como uno de los ejes centrales en la forma de trabajar los contenidos, “esto se hace por medio de talleres donde trabajamos conjuntamente con sus abuelos o miembros más adultos de cada una de sus familias”, señala la profesora Aros, quien destaca además los resultados que ubican a esta Escuela como la más destacadas en la Red Internacional de monitoreo ambiental, el Proyecto GLOBE.



Sector de Niebla y Los Molinos, Provincia de Valdivia

